

LA INMACULADA Y LOS CLARETIANOS

P. SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

I. EL PULSO ENTRE UN PAPA Y UN OBISPO

Esto que voy a narrar es una explicación obligada para entender plenamente el título.

El Papa era Pío IX (el más longevo de la historia de la Iglesia: 32 años en la Cátedra de San Pedro). El obispo, un infatigable Misionero español, catalán, de Sallent –Barcelona–: Antonio María Claret y Clará. Así de claro y sincero en el espíritu y en los apellidos. El año estaba rozando ya la definición Dogmática de María Inmaculada. Claret entró enseguida en el tema, después de la entrañable reverencia: "Santidad, vengo a rogarle me permita fundar una Congregación de Misioneros; yo no doy abasto a tanto pueblo, a tantísima gente, desde la que está cerca de Dios hasta los más alejados o descreídos. La salud, además no me ha acompañado del todo. Sigo, sin embargo, inasequible a la fatiga. Ya pedí antaño al Vaticano que me enviaran desde Roma a las Misiones extranjeras. Los Padres Jesuitas, en cuyo Noviciado estuve, me lo desaconsejaron, a causa de mi salud. Tengo muy buenos compañeros, más jóvenes que yo, y con los mismos o parecidos ideales.

–"Y has escogido, Antonio, un nombre para esa que llamas Congregación de apóstoles dedicados a la gloria de Dios y a la salvación de la Humanidad?"

–"Sí, Santidad, yo estoy en que ha sido inspiración de la Virgen María: por eso quisiera que nos llamáramos "Hijos del Corazón de María". No hubo mucho forcejeo; aunque el Papa se quedara algo perplejo de momento, reaccionó instantáneamente:

–"Y por qué no: "Hijos de la Inmaculada?". Sabes que voy a definir este dogma dentro de unos años".

–"Sí, Santísimo Padre, pero, con todo, mi deseo es que nos llamemos 'Hijos del Corazón de María': se lo digo sincera y respetuosamente". El Papa siguió pensan-

do, y se dio cuenta que aquel catalán, español, tenía una tenacidad de hierro. Como una ráfaga de luz misteriosa, tuvo una ocurrencia: "Y por qué no Hijos del Inmaculado Corazón de María: Sí, os llamaréis Misioneros Hijos del INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA, os lo dice el Vicario de Cristo."

Antonio Claret estaba amasado de fe y respeto por el Sumo Pontífice y, además, le pareció admirable la espiritual componenda. Así que, cuando oigáis decir: "Claretianos, o Corazonistas, o Còrdimarianos, sabed que somos, o al menos intentamos ser, "Hijos del Inmaculado Corazón de María": lo más íntimo y refinado, lo más tierno y transparente, lo más precioso y admirable de la Inmaculada Virgen María.

II. PERSONAS Y OBRAS

De aquí se deduce palmariamente que los Claretianos (hijos Espirituales de Antonio María Claret), tenemos harto que ver con la Inmaculada y su excelso misterio, somos Religiosos que contraemos además un espiritual vínculo y compromiso con la Inmaculada Madre de Cristo, con su inmaculado Corazón. Así reza la fórmula de Profesión que Claret mismo expresó el primero: " Por eso, en presencia de la familia de Dios..., me consagro a Dios Padre (en el Espíritu Santo) por su Hijo Jesucristo y me entrego en especial servicio al Inmaculado Corazón de María..."

Hoy el mundo anda de Jubileos. La Iglesia anda de jubileos. Y, si no, que lo digan nuestros ilusionados gallegos con el año Xacobeo, (de Santiago el mayor, Apóstol), esplendoroso y atractivo.

Los Claretianos también andamos de Jubileo. Estamos contentos y agradecidos a Dios, porque hace 150 años San Antonio María Claret fundó, como antes hemos expuesto, nuestra Congregación. Y sucedió en Vic (Barcelona). En un pequeño recinto del Seminario. Era el 16 de Julio de 1849. Claret, a sus 41 años, se reúne con otros cinco sacerdotes, más jóvenes que él y de parecidos ideales: José Xifré, Esteban Sala, Domingo Fábregas, Manuel Vilaró y Jaime Clotet, Al P. Claret, en su primera plática se le ocurre decir: "Hoy comenzamos una grande obra". Uno de ellos, creo que Vilaró, sonrío escéptico: "si no somos nadie". Pero Antonio María es un hombre irreductible en su talante apostólico, e insiste "hoy comenzamos una grande obra". Objetivo: ser Misioneros al estilo de los Apóstoles, llevando a todo el mundo, por todos los medios posibles, el mensaje de la Buena Nueva de Jesús, atendiendo particularmente a los sectores más necesitado de la sociedad, imitando la vida de Jesús y consagrándonos al inmaculado Corazón de la Virgen María, La Inmaculada.

Expresemos pues en este sesquicentenario de la obra de Claret algo de su vida, de sus andanzas, del fuego apostólico del más claretiano entre los Claretianos. Nosotros procuraremos seguir sus pasos.

La trayectoria de Claret hasta allí, había sido muy clara y comprometida. Nacido en una familia obrera, él fue obrero en su juventud. Era tejedor experto y constante. Aunque siempre le rodaron por el cerebro y el corazón otros ideales.

Pasó por la Cartuja, por el Seminario. En las Órdenes mayores tuvo como compañeros a Balmes (el de "el Criterio", y buen amigo de Jacinto Verdaguer. Recién ordenado se entrega a un incesante trabajo en las parroquias. Pero la inquietud misionera le quema el alma. Marcha a Roma, para que de arriba lo envíen a las Misiones del Extranjero. Vuelve pronto, después de haber estado en el Noviciado de los Jesuitas, que le aconsejan –por motivos de salud– que regrese a su Patria, España. Cataluña entonces se llena de su fuego. Privilegia a los abandonados a los pecadores, a los pobres. Una vez, "dice" hubo de invitarme a comer un mendigo. Los rincones más escondidos de Cataluña saben de sus andanzas. Yo recuerdo que, hace unos años, realizando la Caixa en Igualada una exposición de mi obra escultórica, me decían los viejicos: "Nuestros padres y abuelos hablaban maravillas de aquel joven apóstol, predicando de Cristo y la Virgen Inmaculada. Claret estuvo aquí, comentaban. Todos los hombres solían arremolinarse alrededor de un ventanuco en esa calle contigua, a las 12 de la noche, para confesarse con Mosén Claret. Muchos lo llamábamos Mosén Clarinete: tal era lo potente de su voz, el torrente de sus prédicas y la amabilidad de su espíritu. Antonio María habla claro y sin ambages, en él no cabe el racismo o la distinción de almas, ama la naturaleza, predicando en muchas ocasiones a cielo raso. Predica ardorosamente de la misericordia de Dios Padre, del amor de Cristo de la dulzura y amabilidad de la Virgen Inmaculada, abogada de pecadores.

Estuvo en Canarias y aquellas gentes le robaron el Corazón. Todo el mundo quería al Padrito y seguía embebido sus sermones, su solicitud por todos.

En el momento de la Fundación, Claret es un hombre en plena madurez física, psicológica y espiritual. Y un comprometido sin defecciones con el Evangelio. Está acosado por persecuciones sin fin, que no lo dejarán en paz hasta que muera desterrado en Francia. Es un varón de talla extraordinaria en el espíritu, en el alma, en las actividades. Pequeño, eso sí, de cuerpo; pequeño y gordezuelo, con el cabello prieto, muy negro, tez morena, ojos hondos, pobladas cejas y labios poderosos, que no se le desgastan con el incesante predicar.

Nada más nacer su Congregación, enaltecida de la Inmaculada, el Papa lo envía de Arzobispo a nuestra Colonia de Cuba. Fue algo así como un rayo; se acabó su misionar peregrino y sencillo. Pero obedeció lleno de respeto y también de amargura. Aquella perla de las Antillas se vio rejuvenecida, dulcificada, hermanada. Allí va a ejercitar su pluma escribiendo centenares de cartas al Papa, a los obispos, al Clero, a los fieles, desde los Generales o Dirigente políticos, hasta sencillos cristianos de a pie. Sobre todo a Religiosas y Religiosos. Recordando el mínimo altercado que tuvo con Pío Nono a propósito del nombre de su congregación, le debieron venir algunos resquemores por vencer al Papa en el pulso "tan original" y fundó una congregación femenina llamada –ésta sí: "Hijas de María Inmaculada para la enseñanza" (Claretianas). Más, después de haber misionado cientos de pueblos, predicado millares de veces, como él y sus misioneros son insuficientes, funda las Religiosas en sus Casas (o Hijas del Inmaculado Corazón de María). Erige en muchas partes la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, funda en Vic la Hermandad de la Doctrina Cristiana", compuesta por sacerdotes, seminaristas y seglares de ambos sexos (adelantándose a su tiempo) escribe los estatutos Para la Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de

María (también de Seglares, hombres y mujeres). Comienza la Librería Religiosa que tantos libros, folletos, opúsculos y hojas volantes y catecismos, y libritos como "El Camino Recto" que tanto fomentó la piedad del pueblo y el amor a la Inmaculada. Y al tiempo, en Cuba, había legitimado más de 10.000 matrimonios y más de 40.000 hijos ilegítimos.

Organiza la Academia de San Miguel, compuesta por escritores, poetas, artistas de todo género. Y aún le queda tiempo para comenzar una obra social de primera magnitud en aquel tiempo: "La Casa de la Caridad" o Granja Agrícola de Puerto Príncipe. Hasta escribe, entre tantos piadosos, un libro de agricultura "Las delicias del Campo" para las buenas gentes de aquellos privilegiados parajes.

Sin embargo, a parte de las Fundaciones y libros, lo que admiró más y se extendió por todas partes fue la famosísima Carta Pastoral, de la cual ya se habló aquí en otra ocasión. Permítasenos decir alguna frase.

Después de llamar feliz papa, al Santo Padre, enfervoriza al pueblo para que acuda y confíe en la Madre de Dios Inmaculada. "Dios, amados hermanos, ha ensalzado a María y le ha dado un nombre, que después del de Jesús, es sobre todo nombre, a fin de que al nombre de María Inmaculada se postre toda rodilla..., y toda lengua confiese que María fue concebida sin mancha de pecado original, que María es Virgen y Madre de Dios, y que María, en cuerpo y alma, está en la gloria del cielo"... Esta última cláusula sería definida un siglo más tarde, por Pío XII. Antonio María Claret probó una vez más su devoción a la Madre de Dios, y que se había adelantado a su tiempo.

III. TESTIMONIO DE FUEGO Y SANGRE

Este apartado entraría en el anterior, pero nos ha parecido mejor decir algo de cuanto realizó Claret por María Inmaculada: siempre los fundadores han ido en muchas cosas por delante de la congregación entera.

Ya que el Santo confió en nosotros (tiene bellísimas cartas a sus Misioneros), también nosotros hacemos cuanto nos es posible por parecernos a él. Todos los Hijos del Inmaculado Corazón de María nos consideramos Hijos de la Inmaculada: a ella nos consagramos y por Ella –la Madre de Cristo– trabajamos: El fin –nos decía Claret–: la Gloria de Dios y la Salvación de todos los hombres, es decir, de la humanidad entera. Han seguido su impronta unos 3.000 Misioneros, que –esperamos estén con él en la gloria–. Otros tres mil, sacerdotes, diáconos y hermanos. Cada cual en su cometido: Parroquias, Seminarios, Congregaciones, Iglesias, Capillas, Basílicas, Casas Colegios. Nos dedicamos mucho a las misiones populares y a la Enseñanza, procurando llevar ese timbre del "Inmaculado Corazón, de la Inmaculada. Hay historiadores, científicos, artistas, literatos y poetas; cada cual por su camino, pero convergiendo siempre en nuestra opción fundamental y en nuestra consagración. Siempre procurando la sencillez, claridad y alegría de Claret para sembrar la buena noticia, con este matiz de gloria y de ternura de la Virgen Inmaculada. Trabajan en esta dirección varios Obispos, Prelados de Misiones: han trabajado dos Cardenales (Larraona y Tabera), y hoy en España, el P. Fernando Sebastián, Arzobispo de Pamplona. Él y otros muchos son teólogos de

avanzada, particularmente en lo referente a la Virgen María que hemos llamado siempre Mariología. Alguno de ellos, por su posición avanzada, nos recuerda los versos de Calderón en la Hidalga del Valle:

"Quién podrá decirme, quién,
por qué una sacra canción,
a esta Niña, nuestro bien
la llama vara de Aarón
y no vera de "Moisés"...

...

Y responde el coro:
"Aunque la vara eminente
de Moisés, tan liberal,
del contagio universal
liberó a la humana gente,
fue convertida en serpiente:
y la serpiente no es bien
que, aún por sobra, se la den".

Alude todo a lo inmaculado, terso y divino de la Virgen.

Por no extendernos demasiado, nos sujetaremos al epígrafe de este apartado.

Hay dos ciudades, muy distintas entre sí, pero unidas por la sangre claretiana de Hijos del Corazón de María allí derramada. Una es Holguín, en Cuba, hace siglo y medio. Es la sangre de Claret, derrama profusamente en un horrible atentado que pudo costarle la vida. Lo dijimos aquí el año pasado. Sólo diré ahora algunas expresiones del pueblo, de los sacerdotes y sacristanes que le rodeaban, de los médicos o de él mismo. "No puede figurarse, dice Betriú, el espanto tan grande que tuve cuando vi la mejilla del Prelado en dos Partes y todo él bañado de sangre... Y el Sr. Arzobispo dijo, con la boca llena de sangre; "Gracias a Dios que ha sido después del sermón de la Santísima Virgen"... y Claret decía "tú ruegas por mi curación, yo deseo morir por Jesucristo". "Yo tenía miedo perderlo, pues al día siguiente era fiesta de la Virgen, pero Claret decía, "esto no es nada". Y, oyendo hablar del reo, dijo: "Yo lo perdono al probrecito". Contiguamente estaban los señores Gobernador General, Coronel, Jefe del Regimiento y parte de la oficialidad y varios vecinos (en la farmacia): su excelencia agradeció estas atenciones, y esforzándose en disipar la tristeza y el dolor de todos, decía: "Hace muchos años que no he sido tan feliz como estos días". Estaba firmando con su sangre gozosamente derramada, la Consagración al Inmaculado Corazón de María que él había escrito para sus Misioneros. Todo eran frases de confianza y paciencia generosa para quitar, en lo posible el dolor y tribulación de todas las autoridades y sobre todo del pueblo entero que anhelaba agarrar al asesino y hacer con sus manos lo que era función de la justicia, que inmediatamente lo condenó al garrote vil. Antonio María Claret, como cristiano, Sacerdote, Misionero del Corazón de María y Arzobispo no sólo lo perdonó de corazón, sino que quiso pagarle el viaje para que saliera de Cuba. Lo primero lo consiguió, aún con gran esfuerzo, pero no logró que lo sacaran de la Isla para estar seguro de las iras de todos los

cubanos y cubanas. Curó al fin, gracias, decía él, a la Santísima Virgen Inmaculada que a juzgar por muchos había realizado un milagro sobre su querido Arzobispo.

Pero el testimonio de sangre estaba patente.

A ocho mil kilómetros, y a siglo y pico de distancia, sucedió lo mismo con muchos de los Claretianos; sólo que aquí el testimonio de sangre fue completo, derramándola toda por Cristo y por su Madre Inmaculada. De ellos, cincuenta y uno fueron beatificados en octubre de 1992 por el Papa reinante todavía, aunque un tanto achacoso. Juan Pablo II mismo proclamó en la plaza de S. Pedro su amor a Cristo y al Corazón Inmaculado de María, su paciencia en el sufrimiento, su entrega total, sus rezos –eucaristías veladas y sus entusiastas y gloriosos cantos–. "Por tí, rey mío, la sangre dar"... Una bandera y un ideal "por ti mi Reina la sangre dar". Era en Barbastro, en pleno estío, después de haber estado encarcelados unos veinte días, todos ellos contentos, todos testificando que perdonaban de corazón a quienes les quitaban la vida, que ellos la ofrecían por Dios, por cristo, por su Madre –por su Corazón Inmaculado–, por su querida Congregación y por todo el pueblo. La mayoría jóvenes entre los 18 y 25 años, muchachos fuertes y valientes, muchachos luchadores por hacer un mundo más limpio, esperanzado y hermano. De seguro, entre tantos cantos, oraciones, meditación y sufrimiento, todos ellos entonarían, con sordina porque estaban amenazados de muerte si rezaban o cantaban en alto, entonarían con todas las ansias de su espíritu un himno a la Inmaculada, con la música a ocho voces, ideado por el famosísimo P. Luis Iruarrizaga, Claretiano también él, con cinco hermanos más, uno de ellos, el P. Juan, mártir por Cristo en Madrid (Paracuellos). Los seis eran músicos, los seis creando himnos al Inmaculado Corazón de María. Hoy nos queda el recuerdo glorioso de la entrega de sus vidas por Cristo y su Madre Inmaculada.

IV. DESTELLOS EN CÓRDOBA

Con esta ocasión claretiana de su sesquicentenario, también recordamos aquí las andanzas, escritos, predicaciones de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Córdoba fue especialmente querida por el P. Claret y todos los Claretianos. Antonio María Claret era muy devoto de San Rafael, y murió el 24 de Octubre, fiesta de nuestro Arcángel, y fue canonizado el día 7 de mayo (Juramento de S. Rafael) de 1950, y realizó el milagro de, por la gracia de Dios, curar a una mujer totalmente desahuciada por los Médicos, y sus Misioneros vinieron a esta entrañable y hermosa tierra hace más de un siglo. Hubo en San Pablo grandes predicadores, escritores, apologistas ardientes de María Inmaculada, cuya fiesta se ha celebrado siempre con particular esplendor y alegría. No en vano nos dejó escrito el P. Fundador que la Verdadera creadora de la Congregación fue Ella, Ella la formadora de los Misioneros. Entre los que descuellan por su labor aquí, no podemos por menos de rememorar al P. Antonio Pueyo del Val: ilustre y tesorero aragonés que dirigió la restauración de la Real iglesia de San Pablo, y mandó traer uno de los mejores carillones de Europa, fundido en París. Justamente en el aniversario de la fundación en San Pablo, todas sus notas saltaron

jubilosamente para recordar de vez en cuando a esta queridísima ciudad que ella es Inmaculista casi de nacimiento.

A mí –que aunque no de nacimiento, sí soy cordobés de corazón, me ha cabido en suerte exaltar con mis sencillas prédicas y mi modesto arte a la Virgen Inmaculada. Entre el centenar de esculturas a la Virgen María en general, tengo alrededor de 20 del corazón Inmaculado de María, y una media docena de Inmaculadas, una de las cuales tiene el Santísimo Padre, al que se la entregó el P. General con motivo de la Beatificación de los Mártires Claretianos de Barbastro. Para mayor alegría mía, me encargó el Párroco de nuestra Sra. De Linares una imagen para la nueva Iglesia. Si no con acierto, al menos con enorme cariño fui mordiendo con la gubia, y afinando, casi acariciando con diversas herramientas, un cedro venezolano exquisito. Y me figuré a la Virgen Inmaculada caminando, con el Niño caminante también porque "Somos una Iglesia que camina". Prácticamente es una sola pieza, encerada, y conservando el color auténtico de la madera –color moreno– en cabeza, pies y manos. Como no soy imaginero, la realicé con mi estilo entre expresionista, naif y simbolista. Así me iluminaba aquella virgencita que San Fernando, desde mi tierra zamorana traía en el arzón de su caballo.

Terminaré con uno de los ocurrentes lances del P. Pueyo. El había salido ya de Córdoba, preconizado Obispo de Pasto (Colombia). Al marcharse, con gran sentimiento suyo del pueblo, saliendo de la ciudad romana y mora, dejó en el altar mayor una imagen de la Virgen, con el Corazón al pecho, de pie y con las manos estendidas: daba todas las muestras de ser una Inmaculada. Pasaron los años. El Padre Antonio Pueyo, que en Colombia se dedicó –como siempre a la gloria de Cristo y de su Madre Inmaculada, tuvo, en una ocasión, que volver por unos días a España. Llegó a Córdoba, la Iglesia se abarrotó de personal, incluso llenaba la Plaza del Salvador. El público estaba expectante. ¿Cómo les saludaría? ¿Qué les diría? La imagen de pie que él había colocado, se la habían cambiado por una sentada, con el Niño en su regazo y con el Corazón a flor del pecho. ¿Cómo empezó el Padre Pueyo? Dirigiéndose a la Virgen, exclamó con voz potente y emocionada: "Cuánto debes querer Madre Inmaculada a Córdoba, pues yo te dejé de pie, y ahora te encuentro sentada". Los Misioneros Claretianos y el Pueblo Cordobés habían conseguido ensamblarse sin estridencias, y seguirían infatigablemente enaltecendo a Dios, A Cristo y a su Madre Inmaculada, admirada por tiempos y razas, por cielos y paisajes, por quienes hemos tenido la dicha de permanecer en este reducto envidiable de nuestra España.